

UNA BODA EN CANÁ
Domingo 2º del tiempo ordinario
17 de enero de 2009

La boda es la fiesta del amor y de la esperanza. Los que contraen matrimonio apuestan por un futuro compartido que desean vivir en paz y en armonía. La boda es la fiesta de una alianza que se acepta y se ofrece como total y definitiva.

- “Ya no te llamarán ‘abandonada’, ni a tu tierra ‘devastada’. A ti te llamarán ‘Mi favorita’ y a tu tierra ‘Desposada’. Porque el Señor te prefiere a ti y tu tierra tendrá marido. Como un joven se casa con su novia, así se desposa el que te construyó. La alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo”.

Jerusalén había sido arrasada hasta el suelo y sus gentes habían sido deportadas a Babilonia. El retorno se hizo esperar y la reconstrucción de la ciudad fue lenta y fatigosa. Ese oráculo que hoy se proclama (Is 62, 1-5) fue escrito para conjurar el desaliento y alimentar la esperanza. Contra toda apariencia, el futuro es posible.

En ese momento, la imagen de las bodas ha sido tomada por el profeta para reflejar el amor de Dios a su pueblo. Un amor que supera todas las pruebas y dificultades. Un amor que hace renacer la confianza y la creatividad, la esperanza y la alegría. Para el creyente, Dios es la fuente de la paz y de la confianza.

EL AGUA Y EL VINO

También el evangelio presenta la escena de una boda que se celebraba en Caná de Galilea (Jn 2, 1-11). Una escena que fue pintada con frecuencia en las catacumbas romanas y esculpida en los sarcófagos cristianos. La intención era muy clara: había que celebrar el tiempo nuevo, en el que Jesús se hace presente en la vida y en la muerte.

Pero el tiempo nuevo tiene una prehistoria. Santo Tomás de Aquino escribiría: “Si Jesús no ha querido producir el vino a partir de la nada, sino a partir del agua, fue para mostrar que no venía para fundar una nueva doctrina y rechazar la antigua, sino para llevarla a cumplimiento”.

No habría el vino bueno de la experiencia cristiana si no hubiera habido el agua para las purificaciones de los judíos. Jesús acepta la vida de Israel y la hace suya. Conoce las esperanzas de su gente, las hace suyas y las completa. Asume el amor que Dios ha mostrado a su pueblo y lo lleva a la plenitud.

El agua de nuestras fantasías y proyectos es necesaria para que nosotros y nuestra sociedad tengamos vida. Pero sólo la presencia del Señor puede convertir nuestros sueños y nuestras acciones en vino generoso que celebre la fiesta del amor y de la vida.

LAS PALABRAS DE LA FE

En la boda de Caná está presente también la madre de Jesús. El evangelista la presentará de nuevo al pie de la cruz de su Hijo. Las dos presentaciones tienen algo de semejante. El evangelio de Juan no nos revela su nombre. Y en este caso da cuenta de las dos únicas frases que le atribuye:

- “No les queda vino”. Nos gusta considerar estas palabras, dirigidas a Jesús, como si fueran la humilde petición de un milagro. Nos parece que revelan su capacidad para observar la realidad y las necesidades de las gentes. Sin duda, con esas palabras se subraya la llegada de “la hora” de Jesús: la manifestación de su gloria y la hora de la fe.

- “Haced lo que él diga”. Nos gusta considerar estas palabras, dirigidas a los sirvientes, como un signo de la mediación de la madre de Jesús. Nos parece que revelan su confianza en

el Hijo y un conocimiento de su compasión. madurado con los años. Sin duda, con esas palabras se subraya la disponibilidad a la obediencia de la fe.

“No les queda vino... Haced lo que él diga”. Nos gusta considerar estas palabras, como pronunciadas por la Iglesia y dirigidas a los cristianos y a toda la humanidad. Palabras de compasión y de confianza. Palabras de fe y de esperanza. Palabras que evidencian el amor y hacen posible la fiesta de la vida.

- Señor Jesús, ayúdanos a descubrir la llegada de tu “hora”, la hora de la salvación y de la gracia, y a colaborar a la manifestación de tu gloria en el mundo. Amén.

José-Román Flecha Andrés